



Juan Risco Rincón, 75 años.
María Elena Val de Santos, 22 años.

Curtido bajo el sol del Sahara

Podremos escuchar muchas de las historias de la legión. Pero poca gente sabe lo que es vivir durante cinco años entre las arenas del desierto sirviendo durante la negra postguerra española a uno de los cuerpos militares más duros y exigentes del ejército de nuestro país.

Juan Risco nació en 1930 en Granja de Torrehermoso (Badajoz) en el seno de una familia humilde, obrera, en la que llegarían a ser nueve hermanos.

No eran tiempos fáciles estos, en los que Juan comenzó su niñez. La República triunfaba por un corto periodo de tiempo antes de dar paso a una cruenta Guerra Civil. Juan Risco tiene hoy 75 años, pero la juventud de su espíritu le ha permitido atesorar recuerdos desde los seis. Esta guerra está aún nítida en su mente. Lógico. Ve partir a su padre como militar con los republicanos; él, su madre, su abuela y hermanos huyen hacia el cercano pueblo de Costuera en un intento desesperado por sobrevivir. Sin embargo, al llegar allí sólo les esperan el hambre, la pobreza y el sonido de las bombas. Juan recuerda esos años de su niñez con estupor: "aún puedo ver a las madres llorando por sus hijos en las calles".

Apunto de acabar el conflicto, su padre acude en busca de sus hijos para regresar a su pueblo. Allí, por desgracia, esperan a su padre para encerrarlo. Le condenarán a muerte y pasará cinco años en la cárcel de Vitoria. Juan nunca entendió este encierro, para él su "padre era un trabajador con sus ideas". Pero la guerra dio paso a "la pena, el hambre y la fatiga". Lo peor, aunque nunca lo esperaron, estaba por llegar. Comenzaba la negra posguerra. El hambre lo marcaba todo. Se robaba para poder vivir con el miedo constante de encontrarte con la Guardia Civil en alguna esquina".

"Con 19 años me voy a Madrid"

Era la única esperanza. Juan acude a Madrid para intentar buscar una vida mejor. Allí ya están algunas de sus hermanas. Pero las cosas no mejoran. Trabaja en muchas cosas, desde peón en la construcción hasta de recadero en Talleres de Arte. Pero en el fondo "seguía muriendo de hambre".

Pero ahí cambia todo. En ese momento su vida da un giro. En los primeros meses de 1951 la Legión entra en la vida de Juan Risco. "Un día paso por Atocha (...) y veo un Banderín con un legionario, allí...: 'Español y extranjero, la Legión te espera, comida sana y abundante y llegarás a comandante' ". Ya no se lo pensó. Los últimos años habían sido de angustia. "Yo ya no paso más hambre". No era una decisión fácil. Realmente abandonaba todo. Pero era su elección. Fue a alistarse a la Bandera de Vallecas y, pese a las dudas que ya le asolaban, no titubeo y firmó por cinco años. Eso era de por sí una proeza, porque pocos firmaban por un tiempo tan prolongado de tiempo.

Tras las pruebas médicas le dieron el visto bueno. Ese momento Juan lo recuerda con ironía: "Sólo me decía: ¡qué alegría!...¡Ya!...¡Qué alegría!" repite hoy con sorna. Ahora sólo puede recordar lo equivocado que estaba. "Eso era un infierno. Ya no podía salir nadie". En seguida partían rumbo a Algeciras, de allí a Ceuta. Del día de la partida, mientras se despedía de sus hermanas, Juan recuerda con claridad cada instante. "En



ese momento recibí mi primer golpe, y no el último". Fue sólo el inicio. " Ahí me acordé de mi padre, de mi madre...de todos ¡Qué he hecho yo!...Pasé todo el viaje llorando de rabia". En el fondo no podía dejar de pensar en la ironía de la vida, su padre estuvo luchando contra aquellos con los que hoy se enrolaba...

Creían que se metían en Jauja, pero la realidad estaba muy lejos. " Aquello era un desierto, no te escapabas con nada". Al final la comida llegó, pero también el sufrimiento por el maltrato. "Según llegabas te pegaban para que espabilaras. Era como un presidio". Ahora lo recuerda con tristeza, " antes no hubiera podido contar nada, porque hubiera acabado en la cárcel. Pero hoy lo puedo decir porque todo es distinto. La Legión y el ejército hoy son totalmente distintos, hoy ayudan a un país o a otro".

Su primer destino fue el Tercio Duque de Alba II de la Legión, Sexta Bandera, Undécima Compañía en el campamento de Dar- Riffien en Ceuta. Allí estuvo desde recluta hasta que le nombraron Cabo Primero, prácticamente los cinco años por los que firmó. Fue con su último nombramiento que cambió su destino al Tercio Don Juan de Austria en Larache.

Allí, en pleno desierto del Sahara, Juan aprendió a sobrevivir, a llorar, a sufrir. A casa volvió sólo dos veces, la primera por enfermedad de su padre 32 meses después de haberse ido. La segunda la que le devolvió definitivamente a Madrid.

" Pero también hay bellos recuerdos..."

No todo lo que se recuerda de esas tierras es doloroso. Al contrario, como él dice " con el tiempo sólo te acuerdas de lo bueno". Si había algo realmente hermoso que Juan recuerda de esa tierra eran las mujeres marroquíes, incluso, tuvo la inmensa suerte de ser novio de alguna. Pero por desgracia, los tiempos tampoco eran muy buenos en Marruecos, y muchas de esas muchachas acababan siendo prostitutas. Juan las recuerda con mucho respeto: " Jamás abusé de ninguna de ellas, al contrario, me daban pena y las ayudaba, así ya podías decir que tenías una amiga para siempre, así eran".

Le gusta atesorar otras muchas anécdotas, como cuando conoció a la actriz Elisabeth Taylor en el curso de un rodaje en la zona o cuando jugaba a las cartas con el que luego sería el rey Hasan II de Marruecos. " Era un señor que, como era príncipe, desde muy joven estaba en la Legión como un " honor" y le hicieron Capitán Honorífico de la Legión.

Con la mirada nostálgica Juan concluye sus recuerdos sobre esa época diciendo que " la Legión era muy dura. Podría hablar muy mal de la Legión, pero también hablo muy bien porque allí me hicieron un hombre, a última hora". " De los malos ratos casi no nos acordamos".

En este mundo donde el amor y la amistad cada vez están más desprestigiados Juan nos ha dado un ejemplo constante. De hecho recordando sus años de legionario, concluye diciendo: " El mejor compañerismo que he tenido ha sido allí...He conocido a amigos fabulosos, a los que por desgracia no he vuelto a ver".

Un luchador nato

Juan volvió a España con su licencia bajo el brazo expandida el 15 de septiembre de 1955. Aquí se quedó, pese a tener un brillante porvenir militar. Dejó atrás la arena del desierto, porque su regreso le permitió conocer a la que después sería su mujer.



Trabajó hasta la jubilación en la empresa Sistemas EF, siendo miembro del sindicato vertical. Casi la totalidad de su vida la ha pasado en el distrito de Usera- Orcasur y por él ha luchado en las últimas décadas. Primero ayudando desde la parroquia de San Vicente de Paul junto con el fallecido padre José María Ruiz y en los últimos 25 años en lo que se ha convertido en su particular caballo de batalla: la construcción de un centro de mayores en Orcasur.

Por este sueño compartido por otros muchos mayores del barrio se ha enfrentado contra concejales de todo signo. Hoy ya tienen su centro, se inauguró en 2003 y son más de 2300 socios. Juan es, de momento, el presidente de la Junta Directiva.

Lo importante de la vida

“Para mí, el sentido sería el de la plena justicia para todo- dice Juan Risco, sin dudarlo ni un momento y con gran solemnidad- Llevarme bien con todo el mundo a ser posible y querer a la gente. Porque yo he querido a la gente de verdad, sino no estaría hoy aquí”. Aquí, sigue a la cabeza de los socios que se afincan cada semana en el Centro de Mayores de Orcasur que Juan dirige, se emociona mostrando las fichas de cada uno de ellos, dice que está cansado, pero que ha luchado toda la vida y que no podía dejar de hacerlo tampoco ahora.

“Yo he sido una persona muy responsable de mis cosas y eso es lo que me enseñaron, a ser responsable. Me han enseñado a trabajar, y gracias a mis padres, se distinguir entre lo bueno y lo malo”

Pese a todo la Legión también le enseñó cosas. “No me han gustado nunca los cobardes, ni los traidores... porque allí se veía que no tenían nada que hacer”

Lo mejor unas palabras que Juan Risco no para de repetir durante toda la entrevista. Pese al daño que le han hecho, pese al dolor soportado “nunca he podido guardar rencor a nadie, eso no sirve nunca”.